

## Educadores que dejan huella, memorias de una época

Beatriz Celeste Angulo Saldíña

Doctora en Ciencias, mención Geoquímica. Docente en el posgrado de Geoquímica de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, Venezuela. angulobcs@gmail.com

Escribo desde la perspectiva de estudiante, que prevalece en mi vida. La experiencia del aprendizaje tiene su raíz en el arte de enseñar y como todo arte, mantiene una relación intrínseca con la capacidad de amar.

El educador comienza a formarse desde su más tierna infancia, en una especie de modelado único, en el que influyen su personalidad, relaciones humanas, socioculturales y naturales, lo que posteriormente, plasmará en su manera de ejercer la profesión.

Quiero ilustrar mi apreciación con la experiencia de vida entregada a la pasión de enseñar y que además representa un tiempo de cambios, de finales del siglo XX, manifestado en su forma de educar: mi amigo y docente, Franklin Ramón Vargas Tovar, quien es investigador titular emérito, profesor y especialmente tutor del Centro de Estudios Avanzados-Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (CEA-IVIC).

Franklin nació en la ciudad de Puerto Cabello el 22 de diciembre de 1957, de una madre llena de energía, Aurora, nadadora incansable de las costas del Palito y un padre telegrafista, Ramón, hombre con un oficio de prestigio, que desaparecería en las próximas décadas, sustituido por la telefonía.

Nació en una casita de la calle Los Lanceros, cuyo muro estaba a un salto de la playa. Allí recibió sus primeras lecciones de mano de la naturaleza, basadas en la observación, mientras exploraba cada mañana los regalos que traía el mar Caribe hasta la orilla. Clases de biología, taxonomía, geología y seguramente también algo de química. Puedo imaginarme el pequeño niño, tratando de entender los fenómenos naturales que le rodeaban. Así despertaba el espíritu curioso y la capacidad de asombro que debe tener un educador.

---

Para esa época la vida en Venezuela era distinta. Los grupos familiares solían ser numerosos, conformados para una misma vivienda, por tíos, primos, abuelos. En los pueblos era común que los adultos contaran a los niños historias, especialmente leyendas de aparecidos, sirenas encantadas o relatos sobre hechos históricos de aquellos tiempos, de una Venezuela que cambiaba de lo rural a lo urbano, en un mundo mágico, sin un límite preciso entre lo real y lo imaginario. Así nacía la capacidad creativa del educador y también su facilidad para generar vínculos con niños de corta edad.

A la edad de 4 años la vida de Franklin dio un giro que representó el éxodo histórico hacia la capital de Venezuela, Caracas, dado el atractivo de la vida urbana, el modernismo de una ciudad en auge, impulsado por la renta petrolera y la promesa de una mejor calidad de vida.

El niño dejó el mar para vivir ahora entre cuatro paredes, Aurora dejó de nadar y se dedicó a su marido, sostén del hogar y a la crianza y educación de sus dos hijos. Para ese entonces, era costumbre que los niños iniciaran su aprendizaje académico en el hogar. Así, el niño descubrió la lectura tras largas horas de práctica bajo la mesa de planchar de Aurora. Aprendió también a escribir y nociones de matemáticas, pero es posible que el aprendizaje más grande fuera la dialéctica, impartida por su madre, un modelo de relación nutrido por la perspectiva femenina y que forjaría a nuestro educador de una visión amplia de la vida misma.

La escuela formal de aquel entonces no dejó una huella muy profunda, pues el niño centraba más su vida en las experiencias de juegos que lo llevaron de la soledad, a la interacción con vecinos venidos de distintos lugares de Venezuela e incluso del Caribe. A través de los juegos grupales, el intercambio de experiencias, el diálogo, la solidaridad y la risa, los niños aprendían sobre socialización y convivencia.

Para esa época se configuraba un nuevo estilo de vivienda, consecuencia del hacinamiento en el pequeño valle caraqueño: apartamentos en los denominados superbloques. La calle era el patio de estos niños y las pocas casas de la zona tenían sus puertas abiertas hacia ésta. Un concepto de intercambio comunitario que iniciaría a nuestro futuro docente en una visión pluricultural y cooperativista.

El niño creció; su juego fue adquiriendo formalidad y sentido de pertenencia a través de disciplinas deportivas y la música. A los 15 años, inició estudios en el Pedagógico de Caracas y a los 18 años, se confundía su rol docente con el de estudiantes, prácticamente de su misma edad.

Finalmente, realizó estudios de posgrado en Alemania, donde pudo ampliar su visión del mundo, a través del aprendizaje formal e informal, vivenciando la alarma por la nube tóxica de Chernóbil, la caída del muro de Berlín y con ella, el inicio de un cambio de paradigmas mundial. Con este nuevo bagaje de aprendizajes formales y vivenciales, enfocado en la fotoquímica y la toxicología, el Doctor Vargas se ha dedicado a formar por más de 30 años a las nuevas generaciones, sin distinción de edad o nivel académico. Todos son bienvenidos en su laboratorio, abierto con humildad como ambiente de intercambio de experiencias y conocimientos.

Este testimonio muestra cómo se forja un educador, no solo dentro de las aulas, sino desde muy pequeño, con experiencias y vivencias en un contexto social e histórico, que lo preparan en el arte de la enseñanza, para ser sensible ante sus alumnos, adaptable, empático y profundamente humano.

Cabe preguntarse, ¿cómo incidirá el contexto social e histórico actual a los educadores de mañana? ¿Qué efecto tendrá sobre los niños de hoy el aislamiento vivido durante aproximadamente 2 años a causa de la pandemia? ¿Y el excesivo consumo tecnológico? ¿Cómo podemos contribuir para que esta generación desarrolle la empatía que debe caracterizar al educador?